

tes de entrar á hacer oracion. Sobre los dos atrios se ven olivos viejos y cipreses.

El templo es ochavado: una linterna tambien ochavada, y que tiene una ventana en cada uno de los ocho lados de que consta, corona el edificio. Esta linterna está cubierta con una media naranja, que ántes era de cobre dorado, y en el dia es de plomo: una aguja de muy buen gusto, que sostiene una media luna, corona todo el edificio, el cual se parece á una tienda de campaña de los árabes en medio del desierto. El P. Rogerio dice que cada lado del templo tiene treinta y dos pasos, y que todo el circuito de la mezquita por defuera es de doscientos cincuenta y dos, y la altura de todo el edificio de diez y ocho ó veinte toesas.

Las paredes están cubiertas por la parte de afuera de baldosas ó ladrillos pintados de diversos colores, y adornados con arabescos y versículos del Corán escritos en letras de oro. Las ocho ventanas de la linterna están adornadas con vidrios redondos y pintados. Aquí hallamos ya alguna semejanza con los edificios moriscos de España: los ligeros pórticos del átrio y las baldosas pintadas de la mezquita, hacen recordar diversas partes del Generalife de la Alhambra y de la catedral de Córdoba.

Pasemos á la parte interior de esta mezquita, que ni he visto ni he podido ver, aunque tuve ganas de esponerme á todo por satisfacer mi amor á las artes;

pero me contuve temiendo causar la pérdida de los cristianos de Jerusalem.

Guillermo de Tiro es el autor mas antiguo de cuantos han descrito la mezquita de la Roca, y debia conocerla muy bien, pues que apénas acababa de pasar del poder de los cristianos al de los turcos. Así habla de ella.

„Dijimos al principio de este libro que Umar, hijo de Calab, mandó edificar este templo.

„Y lo prueban evidentemente las inscripciones antiguas grabadas dentro y fuera del edificio.”

El historiador pasa á describir el atrio y añade:

„En los ángulos de este atrio habia torres muy altas, sobre las cuales á ciertas horas se subía un santón para llamar al pueblo á que hiciese oración. Algunas de estas torres aun permanecen en pié; pero las otras están arruinadas. No se podía entrar ni permanecer en el atrio sino teniendo los piés descalzos y lavados.....

„El templo se eleva en medio del atrio superior; es ochavado, y por dentro y fuera está adornado con baldosas de mármol y obras de mosaico. Los dos atrios, tanto el superior como el inferior, están embaldosados de mármol, y tienen canales por donde las aguas lloviznas corren á caer muy cristalinas en las cisternas que están debajo. En medio del templo, entre la fila interior de columnas, se halla una roca un poco elevada, y debajo hay una gruta cavada en la misma piedra. Sobre esta piedra se sentó el ángel que, en castigo de haber hecho David que se enumerase la gente que ha-

bia en Israel, hirió al pueblo de peste hasta que Dios le mandó que metiese su espada en la vaina. Antes de la llegada de nuestros ejércitos, esta roca estaba enteramente descubierta, y permaneció de este modo por quince años; pero los que cuidaban del templo hicieron construir encima de ella un coro y un altar para celebrar allí los oficios divinos.”

Estas noticias son muy curiosas, porque hace ochocientos años que se escribieron, pero nos dan muy poca luz acerca de lo interior de la mezquita. Los viajeros mas antiguos solo hablan de oídas, y con muy poca inteligencia, pues siendo en aquellos tiempos mucho mayor el fanatismo de los musulmanes que en los presentes, jamas hubieran querido descubrir á los cristianos los misterios de sus templos. Pasemos, pues, á los viajeros modernos, y detengámonos aun en Deshayes, el cual no habiéndose determinado á ver la mezquita, los turcos le hicieron la descripción de ella, y dice así:

„Hay una gran cúpula sostenida interiormente en dos filas de columnas de mármol, en medio de las cuales se ve una gran piedra, sobre la que creen los turcos que se puso Mahoma para subir al cielo, y por lo tanto tienen mucha devoción con ella; y los ricos hacen fundaciones para mantener gentes que despues de su muerte lean el Corán por su intención en derredor de esta piedra.

„Lo interior de esta mezquita es todo blanco, escep-

to algunos parages donde está escrito el nombre de Dios con grandes caracteres arábigos."

Esta descripción no se diferencia mucho de la de Guillermo de Tiro, pero el P. Rogerio nos instruirá mejor, pues parece halló medio de entrar en la mezquita; á lo ménos él se explica así:

„Si un cristiano entrase en el atrio del templo, dicen los turcos, que Dios le concedería cuanto allí le pidiese, aunque fuese el que Jerusalem volviese á poder de los cristianos. Y por lo tanto, además de estar prohibido á los cristianos, no solo entrar en el templo, sino aun en el atrio, bajo la pena de ser quemados vivos ó hacerse turcos, lo guardan muy cuidadosamente. Y sin embargo de todo esto, en mi tiempo se ganó la guardia con una astucia que no diré por los daños que podrian sobrevenir, pero sí referiré todas las particularidades que allí se notan."

De la descripción del atrio pasa á la del templo.

„Para entrar en el templo hay cuatro puertas que miran á los cuatro vientos, y cada una de ellas tiene su portada con muy buenas labores y molduras, y seis columnas con sus pedestales y capiteles, todo de mármol y de pórfido. Lo interior del templo es todo de mármol blanco, y el pavimento de grandes losas de mármol de diferentes colores; y la mayor parte de estos materiales los tomaron los turcos de las iglesias de Belen, del Santo Sepulcro, y otras que demolieron.

„En el templo hay treinta y dos columnas de mármol de color que tira á pardo, colocadas en dos filas;

las diez y seis mas grandes sostienen la primera bóveda, y las otras la cúpula, y todas descansan sobre sus pedestales y tienen sus capiteles. Alrededor de estas columnas hay muy hermosas obras de hierro dorado y de cobre, formando como candeleros que sostienen siete mil lamparas que arden desde el juéves luego que el sol se pone, hasta el medio dia del viérnes, y un mes entero cada año, que es el del Ramadan ó cuaresma de ellos.

„En medio del templo hay una torrecita de mármol, á la que se sube por una escalera de diez y ocho escalones que está á la parte de afuera. Encima de esta torrecita se pone el cadí todos los viérnes, desde el mediodia á las dos de la tarde, para hacer las ceremonias de la oracion y de la explicacion de los principales puntos del Corán.

„Además de las treinta y dos columnas que sostienen la bóveda y la cúpula, hay otras dos menores bastante cerca de la puerta de occidente, que enseñan á los peregrinos extranjeros, haciéndoles creer que cuando pasan libremente entre ellas están predestinados para el paraíso de Mahoma; y dicen que si un cristiano pasase entre estas columnas se apretarian hasta estrujarle, pero yo conozco á quienes no ha sucedido tal cosa aunque eran muy buenos cristianos.

„A tres pasos de estas dos columnas hay una piedra en el pavimento que parece ser de mármol negro, y tiene dos piés y medio en cuadro, sobresaliendo algo del suelo. En esta piedra hay veinte y tres agujeros,

en los que parece que hubo en otro tiempo clavos, y en efecto, aun quedan dos; pero yo no sé para que servian, y tambien lo ignoran los mahometanos, aunque creen que sobre esta piedra ponian sus piés los profetas cuando se apeaban del caballo para entrar en el templo, y que sobre ella descendió Mahoma cuando llegando de la Arabia Feliz hizo el viage al paraiso para conversar con Dios."

Esta descripcion es muy detenida, y parece veridica; pero no suficiente para demostrar que lo interior de la mezquita de Jerusalem se semeje al de los monumentos moriscos de España, pues esto depende absolutamente del modo como estén dispuestas las columnas, acerca de lo cual nada nos dice el P. Rogerio. ¿Sostienen arcos pequeños? ¿Están apareadas, agrupadas, aisladas como en Córdoba y en Granada? Pero si lo exterior de esta mezquita se semeja ya tanto á algunas partes de la Alhambra, ¿no es de presumir que lo interior conserve el mismo gusto de arquitectura? Con tanta mayor facilidad lo creeré, cuanto que los mármoles y columnas de este edificio fueron quitados de las iglesias cristianas, y deben presentar aquella mezcla de órdenes y proporciones que se advierten en la catedral de Córdoba.

Añadamos una observacion á estas conjeturas. La mezquita abandonada que se ve cerca del Cairo, parece ser del mismo estilo que la mezquita de Jerusalem; y es evidente que la del Cairo fué el original de la de Córdoba edificada por los últimos descendientes de la dinas-

tía de los Omiades; siendo tambien cierto que Omar, que dió nombre y origen á esta familia, fundó la mezquita de Jerusalem.

Así pues, los monumentos verdaderamente árabes pertenecen á la primera dinastía de los califas y al genio de la nacion en general; y no se deben, como hasta aquí se ha creido, al particular ingenio de los moros andaluces, pues que he hallado los modelos de estos monumentos en el oriente.

Probado esto adelantaré aun mas, pues creo descubrir en la arquitectura egipcia tan pesada, tan magestuosa, tan espaciosa, tan duradera, el principio ó tipo de esta arquitectura sarracena tan ligera, tan alegre, tan minuciosa y frágil: el minareto imita al obelisco, y los arabescos son geroglíficos delineados en lugar de geroglíficos grabados. En cuanto á aquellos como bosques de columnas que componen lo interior de las mezquitas árabes, y que sostienen una bóveda aplastada, los templos de Memphis, de Dendera, de Thebas, de Merue presentaban tambien ejemplos de este género de construccion. Establecidos los descendientes de Ismael en las fronteras de Metzraim, no podia ménos de exaltarse su imaginacion al considerar las maravillosas obras de los Faraones. Nada pudieron tomar de los griegos, pues que no los conocian, pero procuraron copiar las artes de una nacion famosa, que siempre tenian á la vista. Pueblos vagabundos, conquistadores y viageros, imitaron al inmutable Egipto: hicieron obeliscos de ma-

dera dorada, y geroglíficos de yeso que podían llevar con sus pabellones sobre sus camellos.

Conozco que este sistema, si tal es, puede ser combatido y con documentos históricos. Sé muy bien que el palacio de Zehra que Abdoulraham hizo edificar cerca de Córdoba, lo fué segun el plan de un arquitecto de Constantinopla, y que las columnas de este palacio fueron trabajadas en Grecia; y tambien sé que hay una arquitectura que nació en la corrupcion del arte, y á la cual podemos llamar *arquitectura Justiniana*, pareciéndose en algo á las obras de los moros, y sé tambien que personas de muchos conocimientos y de muy delicado gusto, como el respetable Mr. d'Agincourt y Mr. de la Borde, autor del magnífico *Viage de España*, piensan que toda arquitectura es hija de Grecia; pero por respetables que sean estas autoridades, no por eso mudaré de opinion. Un plan enviado por un arquitecto de Constantinopla, columnas trabajadas en las orillas del Bósphoro, artifices griegos que trabajaban en una mezquita, nada prueban, pues de un hecho particular no se puede sacar una consecuencia general. He visto en Constantinopla la arquitectura Justiniana, y convengo en que tiene alguna semejanza con la de los sarracenos, como el acortamiento de la bóveda en los arcos: sin embargo, conserva una solidez, una como frialdad, cierto fundamento ó razon en sus formas, que no se advierte en la fantasía árabe. Además de esto, la misma arquitectura Justiniana me parece ser la arquitectura egipcia confundida con la griega. Esta

nueva invasión del arte de Memphis la produjo el establecimiento del cristianismo: los solitarios que poblaron los desiertos de la Tebaida, y cuyas opiniones gobernaban al mundo, introdujeron en las iglesias, en los monasterios y hasta en los palacios, estos pórticos degenerados que llamamos claustros, donde respira el genio del oriente. Y en apoyo de todo esto observemos que la verdadera decadencia del arte entre los griegos, comenzó precisamente cuando la corte del imperio romano se trasladó á Constantinopla, lo que prueba que la arquitectura griega no produjo la arquitectura oriental, sino que esta se introdujo en aquella por la cercanía de los países en que reinaba.

Me inclino, pues, á creer que todo género de arquitectura salió de Egipto, y aun el gótico, pues nada ha venido del Norte sino las cadenas y la destruccion. Pero esta arquitectura egipcia se acomodó al genio de los pueblos, alterándose muy poco entre los hebreos, pues solo suprimieron estos los monstruos y los dioses de la idolatría. En Grecia, donde la introdujo Cecrope é Inaco, se perfeccionó y vino á ser el modelo de los demas pueblos. Los toscanos, que eran una colonia egipcia, la introdujeron en Roma, donde conservó su grandeza, pero sin llegar jamas á la perfeccion que tuvo en Atenas. Los apóstoles la llevaron del Oriente á los bárbaros del Norte, y sin perder entre estos pueblos su sombrío y religioso carácter, se engrandeció, por decirlo así, en los bosques de las Galias y de Germania, presentando la particular union de la fuerza. de

la magestad y de la tristeza en el todo, y en sus partes, la mas extraordinaria ligereza. En fin, tomó entre los árabes las formas que ya hemos manifestado, arquitectura del desierto, encantada como los Oasis, mágica como las historias contadas en las tiendas de campaña, pero que los vientos pueden arrebatar como la arena que al principio la sirvió de cimientos.

Podria apoyar mi opinion en muchísimas autoridades históricas, haciendo ver que los primeros templos de Grecia, como el de Júpiter en Onga, cerca de Amyclea, eran verdaderos templos Egipcios; y que la misma escultura era egipcia en Argos, Sparta y Atenas en tiempo de Dédalo, y en los siglos heroicos. Pero me parece que esta digresion ha sido ya demasiado larga, pasemos, pues, á los monumentos góticos de Jerusalem.

Redúcense estos á algunos sepulcros con sus inscripciones en letras góticas. No son cosa de la mayor importancia; pero al entrar en el Santo Sepulcro no pudieron ménos de llamarme la atencion, pues el hallar aquellos monumentos segun el gusto de mi patria, en un pais tan distante y estraño, me indicaba otros hombres, otras costumbres y otras tierras, y me pareció que de repente me habia trasladado á uno de nuestros antiguos monasterios. Contemplé con veneracion estos mausoleos góticos donde descansaban caballeros franceses, peregrinos hechos reyes, y héroes de la *Jerusalem libertada*, y me acordé de las palabras que el Tasso pone en boca de Godofredo diciendo:

¿Quién no querrá una tumba en esta tierra
Donde el cuerpo de Dios fué sepultado?

En cuanto á los monumentos turcos, últimos testigos que demuestran en Jerusalem las revoluciones de los imperios, no merecen que nos detengamos en ellos, y solo he hablado para manifestar que no debemos confundir las obras de los tártaros con los trabajos de los moros; y aun mas seguro seria decir que los turcos ignoran absolutamente la arquitectura, pues no han hecho mas que afean los edificios griegos y los edificios árabes coronándolos con cúpulas macizas y pabellones chinoscos. Algunos bazares y oratorios de santones son la única cosa que los nuevos tiranos de Jerusalem han añadido á esta infeliz poblacion.

El lector conoce ya los diversos monumentos de la santa ciudad.

Volviendo de visitar los sepulcros de los reyes, que han dado motivo á las descripciones anteriores, pasé por el valle de Josafat. El sol se ponía por detras de Jerusalem, y con sus últimos rayos doraba aquel monton de ruinas y los montes de Judea. Dije á mis compañeros que entrasen por la puerta de San Esteban, y me quedé solo con el genízaro. Me senté al pié del sepulcro de Josafat, y saqué de mi bolsillo un tomo de Racine y volví á leer la *Athalia*, siéndome imposible decir lo que en mí sentía, pues creía oír los cánticos de Salomon y la voz de los profetas. Levantóse an-

te mí la antigua Jerusalem: salieron de sus tumbas las sombras de Joas, de Athalia y de Josabeth, y me pareció que hasta entonces no habia conocido el talento de Racine. ¡Cuán sublime poesía, pues que la hallé digna de aquellos parages! Nadie puede imaginarse lo que es la Athalia leida sobre el sepulcro del rey Josafát, á la orilla del torrente Cedron, ante las ruinas del templo.

El día 9, no teniendo ya cosa particular que ver ni dentro ni fuera de la ciudad, fui á ver por último el pozo de Nehemías, donde se ocultó el fuego sagrado durante el cautiverio, los sepulcros de los jueces, y otras antigüedades que nada tienen notable sino sus famosos nombres.

Concluiré en fin con dar noticia del convento de los padres latinos. Se entra en él por un callejon embovedado que se une con otro bastante largo y oscuro, y al fin del cual se encuentra un patio donde están la carnicería, la bodega y el lagar del convento; y encima hay un claustro al que se sube por una escalera de doce á quince escalones. Al oriente de este claustro hay un vestibulo que comunica con la iglesia que es bastante hermosa, y tiene su coro, su nave con su media naranja, un altar á la romana y un organito, contenido todo en un espacio de veinte piés de largo y doce de ancho: las celdas son pequeñas, pobres y oscuras; y hay ademas dos jardincitos que tocan con las murallas de la ciudad.

Confina con el convento la hospedería para los pe-

regrinos: el cuarto que yo ocupaba era grande y oscuro. Trece peregrinos habian escrito sus nombres en la parte interior de la puerta: el primero se llamaba Carlos Lombardo, y estuvo en Jerusalem en 1669; y el último John Gordon, y estuvo en 1804, y tal vez será el mismo de quien ya hablamos, diciendo que hizo analizar en Londres una botella de agua del mar Muerto.

Los peregrinos no comen con los religiosos como en Jafa, sino que se les sirve aparte y cada uno gasta lo que quiere; mas si son pobres, se les mantiene de valde, pues el convento, léjos de ganar nada, da habitacion, cama, ropa, lumbre y luz.

Los víveres son por lo comun buenos, abundantes y baratos, excepto las legumbres que son muy caras: el vino es excelente, y el terreno que lo produce es aun el de Engaddi, cerca de Belen.

Viniendo á la enumeracion del precio de las cosas en Jerusalem, veremos que los caballos árabes son muy caros, así es que el bajá de Damasco acababa de comprar uno en tres mil piastras. La historia de una yegua forma á veces la conversacion de todo el pais, y así cuando yo estaba en Jerusalem contaban las proezas de una de estas maravillosas yeguas. Viéndose el beduino que la montaba perseguido por la tropa del gobernador, se habia arrojado con ella desde la cumbre de los montes que dominan á Jericó, la yegua habia bajado á galope tendido, casi perpendicularmente, sin tropezar, dejando á los soldados admirados y espan-